

Amistad

Los polvos del virrey

Allá por el siglo XVII, el gobierno de los virreyes en la Nueva España contaba con cientos de empleados menores que ganaban poco y no podían salir de "perico perro" como solía decirse a los mediocres.

Don Jorge Antonio de Méndex, uno de ellos, trabajaba en el Palacio virreinal copiando documentos y su sueldo no le alcanzaba. Habitaba una ruinoso vecindad con su esposa Andrea, vulgar, medio pelona y enferma de obesidad, y sus doce hijos, ojerosos y pálidos por su dieta a base de comida chatarra novohispana. Nadie quería juntarse con él y hacía su trabajo de mala gana, esperando la hora de la salida. Estaba cansado de esa vida de privaciones y siempre compraba billetes de la lotería con la esperanza de ganar el premio mayor.

Un día estaba muy desanimado por un disgusto con su familia. Su esposa y sus hijos le habían pedido que los llevara a probar suerte en la feria, pero él no tenía dinero. Llegó a trabajar a la oficina, se sentó a su escritorio, puso la cabeza entre las manos y se quedó mirando al techo un buen rato. De repente, para sorpresa de sus compañeros, sus ojos brillaron y se puso a escribir por veinte minutos con su pluma de ave. Cuando el documento estuvo listo salió de su despacho y fue a entregarlo a la oficina del virrey.

Pasaron los días. Una tarde don Toño parecía esperar algo en la esquina de Mercaderes y Plateros mirando con atención hacia el Palacio virreinal. De repente hubo una movilización de guardias, pues el virrey saldría a pasear. Acompañado de su séquito, su excelencia avanzó a caballo ante decenas de curiosos. Al llegar a la esquina, se detuvo frente a Toño y lo saludó. De su bolsillo sacó una pequeña caja de rapé (el tabaco molido que se acostumbraba inhalar en aquella época sin leyes antitabaquismo), y le ofreció. Este le respondió: "Gracias Señor mío" y aceptó una pizca.

La fortuna de don Toño cambió al instante. Muchas personas y nuevos "amigos" acudieron a su casa para que los recomendara con el virrey y lo llenaron de obsequios y donativos, pues suponían que tenía una estrecha amistad con él. Todo llegó a oídos de su excelencia, quien se divirtió mucho recordando que don Toño le había escrito una carta en la que le pedía "detenerse en la esquina y ofrecerle rapé". El virrey lo hizo llamar a su presencia.

Don Toño creyó que iba a recibir un bastonazo de su patrón. Su excelencia lo miró y, al cabo de un buen rato, le dijo: "Creo, creo, creo que... que... ¡usted merece un premio por su ingenio!". "¿Y cuál es?" preguntó don Toño. "Darte mi verdadera amistad", dijo el virrey tendiéndole la mano.

—Adaptación del relato homónimo de Luis González Obregón incluido en su libro **Leyendas y sucedidos**